

la casa con frecuencia en otros tiempos; pero ya apenas *corria*, y doña Lupe la echaba muy de menos, porque aunque era muy alborotada y disoluta, cumplía siempre bien. Asimismo había podido observar Maximiliano en su propia casa lo implacable que era su tía con los deudores, y de este conocimiento vino el inspirado juicio que formuló de esta manera: «Si me caso con Fortunata y si la suerte nos trae escaseces, antes pediremos limosna por las calles que pedir á mi tía un préstamo de dos pesetas... Mientras más amigos, más claros.»

IV

Nicolás y Juan Pablo Rubín.—Propónense nuevas artes y medios de redención.

I

Hallábase doña Lupe, en el fondo de su alma, inclinada á la transacción lenta que imponían las circunstancias; mas no quiso dar su brazo á torcer ni dejar de mostrar una inflexibilidad prudente, hasta tanto que viniese Juan Pablo y hablaran tía y sobrino de la inaudita novedad que había en la familia. Una mañana, cuando Maximiliano estaba aún en la cama no bien dormido ni despierto, sintió ruido en la escalera y en los pasillos. Oyó primero patadas y gritos de mozos que subían baúles; después la voz de su hermano Juan Pablo, y lo mismo fué oírle que sentir renovado en su alma aquel pícaro miedo que parecía vencido.

No tenía malditas ganas de levantarse. Oyó á su tía regateando con los mozos por si eran tres ó eran dos y medio. Después le pareció que Juan Pablo y su tía hablaban en el comedor. ¡Si le estaría contando aquello...! Seguramente, porque su tía era muy novelera, y no gustaba

de que ciertas cosas se le enranciaran dentro del cuerpo. Oyó luego que su hermano se lavaba en el cuarto inmediato, y cuando doña Lupe entró á llevarle toallas, cuchichearon largo rato. Maximiliano calculó que probablemente hablarían de la herencia; pero no las tenía todas consigo. Trataba de darse ánimos considerando que su hermano era el más simpático de la familia, el de más talento y el que mejor se hacía cargo de las cosas.

Levantóse al fin de mala gana. Ya lavado y vestido, vacilaba en salir, y se estuvo un ratito con la mano en el picaporte. Doña Lupe tocó á la puerta, y entonces ya no hubo más remedio que salir. Estaba pálido y daba lástima verle. Abrazó á su hermano, y en el mirar de éste, en el tono de sus palabras, conoció al punto que sabía lo grande, increíble historia. No tenía ganas el joven de explicaciones ni disputas á aquella hora, y como era un poco tarde se apresuró á irse á la clase. Mas no tuvo sosiego en ella, ni cesó de pensar en lo que su hermano diría y haría. Esta perplejidad le arrancaba suspiros. El miedo, el pícaro miedo era su principal enemigo. Conveniale, pues, quitarse pronto la máscara ante su hermano como se la había quitado ante doña Lupe, pues hasta que lo hiciera no se reintegraría en el uso de su voluntad. Si Juan Pablo salía por la tremenda, quizás era mejor, porque así no estaba Maximiliano en el

caso de guardarle consideraciones; pero si se podía en un pie de astucias diplomáticas, fingiendo ceder para resistir con la inercia, entonces... Esto, ¡ay!, lo temía más que nada.

Pronto había de salir de dudas. Cuando Maximiliano entró á almorzar, ya estaba Juan Pablo sentado á la mesa, y á poco llegó doña Lupe con una bandeja de huevos fritos y lonjas de jamón. Gozosa estaba aquel día la señora, porque Papitos se portaba bien, como siempre que había aumento de trabajo. «Esta novelera, esta mona—decía,—que cuando tenemos mucho que hacer parece que se multiplica. Lo que ella quiere es lucirse, y como vea ocasiones de lucimiento, es un oro. Cuando menos hay que hacer es cuando la pega. Me la traje á casa hecha una salvajita, y poco á poco le he ido quitando manchas. Era golosa, y siempre que iba á la tienda por algo lo había de catar. ¿Creerás que se comía los fideos crudos?... La recogí de un basurero de Cuatro Caminos, hambrienta, cubierta de andrajos. Salía á pedir, y por eso tenía todos los malos hábitos de la vagancia. Pero con mi sistema la voy enderezando. Porrizo va, porrizo viene, la verdad es que sacaré de ella una mujer en toda la extensión de la palabra.»

—Está tan malo el servicio en Madrid—observó Juan Pablo,—que no debe usted mirarle mucho los defectos.

Durante todo el almuerzo hablaron del servi-

cio, y á cada cosa que decían miraban á Maximiliano como impetrando su asentimiento. El joven observó que su hermano estaba serio con él; pero aquella seriedad indicaba que le reconocía hombre, pues hasta entonces le trató siempre como á un niño. El estudiante esperaba bur-las, que era lo que más temía, ó una reprimenda paternal. Ni una cosa ni otra se apuntaba en el lenguaje indiferente y frío de Juan Pablo. Este, después de almorzar, sintióse amagado de la jaqueca, y se echó de muy mal humor en su cama. Toda la tarde y parte de la noche estuvo entre las garras de aquella desazón, más molesta que grave. No eran sus ataques tan penosos como los de Maximiliano, y generalmente le era fácil anegar el dolor hemicráneo en la onda del sueño. Ya sabía que el cansancio de los viajes consecutivos le producía el ataque, y que éste se pasaba en la noche; mas no por esto lo llevaba con paciencia. Renegando de su suerte estuvo hasta muy tarde, y al fin descansó con sosegado sueño.

En tanto, doña Lupe hacía mil consideraciones sobre el apático desdén con que Juan Pablo recibiera la noticia de *aquello*. Había fruncido el ceño; después había opinado que su hermano era loco, y por fin, alzando los hombros, dijo: «¿Yo qué tengo que ver? Es mayor de edad. Allá se las haya.»

Lo mismo Maximiliano que su tía habían no-

tado que Juan Pablo estaba triste. Primero lo atribuyeron á cansancio; pero notaron luego que después de las doce horas de sueño reparador estaba más triste aún. No sostenía ninguna conversación. Parecía que nada le interesaba, ni aun la herencia, de la que hablaba poco, aunque siempre en términos precisos.

—¿Sabes que tu hermano lo ha tomado con calma?—dijo doña Lupe á Maxi una noche.

—¿Qué?

—El asunto tuyo. Dos veces le he hablado. ¿Y sabes lo que hace? Alzar los hombros, sacudir la ceniza del cigarro con el dedo meñique y decir que ahí se las den tōdas.

El enamorado oía con júbilo estas palabras, que eran para él un gran consuelo. Indudablemente Juan Pablo observaba la prudente regla de respetar los sentimientos y propósitos ajenos para que le respetaran los suyos. Hablaba tan poco, que doña Lupe tenía que sacarle las palabras con cuchara. «O está también haciendo el trovador—decía doña Lupe,—ó le pasa algo. Estoy yo divertida con mis sobrinos. Todos están con murria. Al menos Maxi es franco y dice lo que quiere.»

Hubiera hurgado doña Lupe á su sobrino mayor para que le revelase la causa de su tristeza; pero como presumía fuese cosa de política, no quiso tocar este punto delicado por no armar camorra con Juan Pablo, que era ó había sido

carlista, al paso que doña Lupe era liberal, cosa extraña, liberal *en toda la extensión de la palabra*. Después de servir á D. Carlos en una posición militar administrativa, Rubín había sido expulsado del Cuartel Real. Sus íntimos amigos le oyeron hablar de calumnias y de celadas traidoras; pero nada se sabía concretamente. Dejaba escapar de su pecho exclamaciones de ira, juramentos de venganza y apóstrofes de despecho contra sí mismo. «¡Bien merecido lo tengo por meterme con esa gente!» Cuando llegó á Madrid echado de la corte de D. Carlos, fué á casa de su tía, según costumbre antigua, pero apenas paraba en la casa. Dormía fuera, comía también fuera, casi siempre en los cafés ó en casa de alguna amiga, y doña Lupe se desazonaba juzgando con razón que semejante vida no se ajustaba á las buenas prácticas morales y económicas. De repente, el misántropo volvió al Norte, diciendo que regresaría pronto, y mientras estuvo fuera se supo la muerte de Melitona Llorente. La primera noticia que de la herencia tuvo Juan Pablo dióselo su tía paterna por una carta que le dirigió á Bayona. Preparábase á volver á España, y la carta aquella con la noticia que llevaba aceleró su vuelta. Entró por Santander, se fué á Zaragoza por Miranda y de allí á Molina de Aragón. Diez días estuvo en esta villa, donde ninguna dificultad de importancia le ofreció la toma de posesión del cau-

dal heredado. Este ascendía á unos treinta mil duros entre inmuebles y dinero dado á rédito sobre fincas, y descontadas las mandas y los derechos de traslación de dominio, quedaban unos veintisiete mil duros. Cada hermano cobraría nueve mil. Juan Pablo, al llegar á Madrid, escribió á Nicolás para que también viniese, con objeto de estar reunidos los tres hermanos y tratar de la partición.

He dicho que doña Lupe rehuía el hablar de política con Juan Pablo. En realidad, ella no entendía jota de política, y si era liberal, éralo por sentimiento, como tributo á la memoria de su Jáuregui y por respeto al uniforme de miliciano nacional que éste tan gallardamente ostentaba en su retrato. Pero si le hubieran dicho que explicara los puntos esenciales del dogma liberal, se habría visto muy apurada para responder. No sabía más sino que aquellos malditos *carcas* eran unos indecentes que nos querían traer la Inquisición y las *caenas*. Había respirado aquella señora aires tan progresistas durante su niñez y en los gloriosos veinte años de su unión con Jáuregui, que no quería ni oír hablar de absolutismo. No comprendía cómo su sobrino, un muchacho tan listo, había cometido la borricada de hacerse súbdito de aquel zagalón de D. Carlos, un perdido, un zafíote, un déspota *en toda la extensión de la palabra*.

En la cuestión religiosa, las ideas de doña

Lupe se adaptaban al criterio de su difunto esposo, que era el más juicioso de los hombres y sabía dar *á Dios lo que es de Dios y al César*, etcétera... Este estribillo lo repetía muy orgullosamente la viuda siempre que saltaba una oportunidad, añadiendo que creía cuanto la Santa Madre Iglesia manda creer; pero que mientras menos trato tuviera con curas, mejor. Oía su misa los domingos y confesaba muy de tarde en tarde; mas de este paso regular no la sacaba nadie.

Desde un día en que disputando con su sobrino sobre este tema se amontonaron los dos y por poco se tiran los trastos á la cabeza, no quiso doña Lupe volver á mentar á los *carcundas* delante de Juan Pablo. Y cuando le vió venir del Cuartel Real, corrido y humillado, tuvo la señora una alegría tal, que con dificultad podía disimularla. Se acordaba de su Jáuregui y de las cosas oportunas y sapientísimas que éste decía sobre todo desgraciado que se metía con curas, pues era lo mismo que acostarse con niños. «Y no aprenderá—pensaba doña Lupe;—todavía es capaz de volver á las andadas, y de ir allá á quitarle motas al zángano de Carlos *Siete*.»

II

Durmióse Maxi aquella noche arrullado por la esperanza. Síntoma de conciliación era que su tía no le hablaba ya con ira, y aun parecía tenerle en verdadero concepto de hombre ó de varón. A veces, hasta parecía que la insigne señora le tenía cierto respeto. ¡Si no hay como mostrarse duro y decidido para que le respeten á uno!... Por lo demás, doña Lupe había vuelto á cuidarle con su acostumbrada solicitud. Le ponía en la mesa los platos de su gusto, y en su cuarto nada faltaba para su regalo y comodidad. En fin, que el pobre chico estaba satisfecho; sentía que el terreno se solidificaba bajo sus plantas, y se reconocía más árbitro de su destino, y casi triunfante en la descomunal batalla que estaba dando á su familia.

En cuanto á Juan Pablo, no había nada que temer. Los dos hermanos no tenían ocasiones de hablar mucho, porque el primogénito, después de almorzar, se marchaba á uno de los cafés de la Puerta del Sol y allí se estaba las horas muertas. Por la noche, ó venía muy tarde ó no venía. La idea de que su hermano andaba de picos pardos regocijaba á Maxi, porque «ahora se verá—decía—quién es más juicioso, quién cumple mejor las leyes de la moral. Que no nos

venga aquí echádoselas de plancheta con su *neísmo*.»

En suma, que mi hombre se veía más respetado y considerado desde que se las tuvo tiesas con su tía la mañana de marras. La única persona que no participaba ni poco ni mucho de este respeto era Papitos, que cada día le trataba con familiaridad más chocarrera. «Feo, cara de pito, memo en polvo—decíale sacando un trozo de lengua tal que casi parecía inverosímil.—Valiente mico está *vusté*... Verá cómo no le dejan casar... Sí, para *vusté* estaba. Bobo, más que bobo.» Maximiliano la despreciaba y se lo decía: «Lárgate de aquí, sinvergüenza, ó te quito todas las muelas de una bofetada.» *¿Vusté, vusté?* «Ja, ja. Si le cojo, del primer borleo va á parar al tejado.»

Más valía no hacerle caso. Era una inocente que no sabía lo que se decía. Estaba Papitos arreglando el cuarto de *sito* Maxi, donde se puso la cama para el cura, que debía de llegar al día siguiente por la mañana. No veía el estudiante con buenos ojos este arreglo, porque siempre que su hermano Nicolás venía á Madrid y dormía en aquel cuarto le espantaba el sueño con sus ronquidos. Eran sus fauces y conducto nasal trompeta de Jericó, con diferentes registros á cual peor. Maxi se ponía tan nervioso, que á veces tenía que salirse de la cama y del cuarto. Lo que más le incomodaba era que á la mañana

siguiente el cura sostenía que no había dormido nada.

Indicó á doña Lupe que le librara de este martirio poniendo á Nicolás en otra habitación. ¿Pero dónde, si no había más aposentos en la casa? La señora le prometió ponerle la cama en su propia alcoba si el cura roncaba mucho la primera noche. «Pero ahora que me acuerdo, yo también ronco... En fin, ya se arreglará. Aunque sea en la sala te podrás quedar.»

Llegó Nicolás Rubín á la mañanita siguiente, y Maxi le vió entrar como un enemigo más con quien tendría que batirse. El carácter sacerdotal de su hermano le impresionaba, pues por mucho que su tía y él hablaran contra el *neísmo*, un cura siempre es una autoridad en cualquier familia. A este hermano le quería Maxi menos que á Juan Pablo, sin duda por haber vivido ausente de él durante su niñez.

Los dos hermanos mayores almorzaron juntos, mas no hablaron ni palotada de política, por no chocar con doña Lupe. Precisamente Nicolás fué quien metió á Juan Pablo por el aro carlista, prometiéndole villas y castillos. Habíale dado recomendaciones para elevadas personas del Cuartel Real y para unos clérigos de caballería que residían en Bayona. Pero nada, como digo, se habló en la mesa. No se les ocultaba que su tía sabía hacer guardar los respetos debidos á la entidad de Jáuregui, presente siem-

pre en la casa por ficción mental, de que era símbolo el feo retrato que en el gabinete estaba. Hablaban del tiempo, de lo mal que se vivía en Toledo, de que el viento se había llevado toda la flor del albaricoque, y de otras zarandajas, honrando sin melindres el buen almuerzo.

De sobremesa, Juan Pablo propuso, puesto que estaban todos reunidos, tratar algunos puntos de la herencia que debían ponerse en claro. Él no quería propiedad rústica, y si sus hermanos lo aprobaban, recibiría su parte en metálico é hipotecas. Otras hipotecas y las tierras serían para Nicolás y Maximiliano. Éstos se conformaron con lo que su hermano proponía, y á doña Lupe le dieron ganas de tomar cartas en el asunto; pero no se atrevió á intervenir en un negocio que no le incumbía. No tuvo más remedio que tragar saliva y callarse. Después le dijo á Maximiliano: «Habéis sido unos tontos. Tu hermano quiere su parte en metálico para gastarla en cuatro días. Es una mano rota. ¿A mí qué me va ni qué me viene? Pues más te habría valido recibir lo tuyo en dinero contante, que bien colocado por mí, te habría dado una rentita bien segura. Y si no, lo has de ver. Yo quiero saber cómo te las vas tú á gobernar con tanto olivo, tanto parral y ese pedazo de monte bajo que dicen que te toca. Lo mismo que el majagranzas de Nicolás; á todo decía que sí. Por de pronto tendréis que tomar un adminis-

trador, que os robará los ojos y os hará cada cuenta que Dios tiritita. ¡Qué par de zopencos sois! Yo te miraba y te quería comer con los ojos, dándote á entender que te resistieras; y tú, hecho un marmolillo... ¡Y luego quieres echártela de hombre de carácter! Bonito camino, sí, señor, bonito camino tomas.»

Otra cosa había propuesto también el primogénito, á la que accedieron gustosos los otros dos hermanos. Cuando murió D. Nicolás Rubín, todos los *ingleses* cobraron con las existencias de la tienda, á excepción de uno, que había sido el mejor y más fiel amigo del difunto en sus días buenos y malos. Este acreedor era Samaniego, el boticario de la calle del Ave María, y su crédito ascendía, con el interés vencido de seis por ciento, á sesenta y tantos mil reales. Propuso Juan Pablo satisfacerlo como un homenaje á la justicia y á la buena memoria de su querido padre, y se votó afirmativamente por unanimidad. La misma doña Lupe aprobó este acuerdo, que si recortaba un poco el capital de la herencia, era un acto de lealtad y como una consagración póstuma de la honradez de su infeliz hermano. Samaniego no había reclamado nunca el pago de su deuda, y esta delicadeza pesaba más en el ánimo de los Rubín para pagarle. Ambas familias se visitaban á menudo, tratándose con la mayor cordialidad, y aun se llegó á decir que Juan Pablo no miraba con malos ojos

á la mayor de las hijas del boticario, llamada Aurora, y de cuyas virtudes, talento y aptitud para el trabajo se hacia toda lenguas doña Lupe.

Aprobadas la partición propuesta por Juan Pablo y la cancelación del crédito de Samaniego.

Maximiliano, con estas cosas, se sentía cada vez más fuerte. Había tomado acuerdos en consejo de familia, luego era hombre. Si tenía la personalidad legal, ¿cómo no tener la otra? Figurábase que algo crecía y se vigorizaba dentro de él, y hasta llegó á imaginar que si le pusieran en una báscula había de pesar más que antes de aquellas determinaciones. Sin duda tenía también más robustez física, más dureza de músculos, más plenitud de pulmones. No obstante, estaba sobre ascuas hasta que su hermano el cleriguito no se explicase. Podría suceder muy bien que cuando todo iba como una seda, saliese con ciertas *mistiquerías* propias de su oficio, sacando el Cristo de debajo de la sotana y alborotando la casa.

La noche del mismo día en que se trató de la herencia, supo Nicolás lo que pasaba, y no lo tomó con tanta calma como Juan Pablo. Su primer arranque fué de indignación. Tomó una actitud consternada y meditabunda, haciendo el papel de hombre entero, á quien no asustan las dificultades y que tiene á gala el presentarles la cara. Las relaciones entre Nicolás y la

viuda, que habían sido frías hasta un par de meses antes de los sucesos referidos, eran en la fecha de éstos muy cordiales, y no porque tía y sobrino tuviesen conformidad de genio, sino por cierta coincidencia en proceder económicos que atenuaba la gran disparidad entre sus caracteres. Doña Lupe no había simpatizado nunca con Nicolás: primero, porque las sotanas en general no la hacían feliz; segundo, porque aquel sobrino suyo no se dejaba querer. No tenía las seducciones personales de Juan Pablo, ni la humildad del pequeño. Su fisonomía no era agradable, distinguiéndose por lo peluda, como antes se indicó. Bien decía doña Lupe que así como el primogénito se llevara todos los talentos de la familia, Nicolás se había adjudicado todos los pelos de ella. Se afeitaba hoy, y mañana tenía toda la cara negra. Recién afeitado, sus mandíbulas eran de color de pizarra. El vello le crecía en las manos y brazos como la hierba en un fértil campo, y por las orejas y narices le asomaban espesos mechones. Diríase que eran las ideas, que cansadas de la obscuridad del cerebro se asomaban por los balcones de la nariz y de las orejas á ver lo que pasaba en el mundo.

Cargábanle á doña Lupe sus pretensiones sermónarias y cierta grosería entremezclada con la soberbia clerical. Las relaciones entre una y otro eran puramente de fórmula, hasta que á

Nicolás, en uno de los viajes que hizo á Madrid, se le ocurrió entregar á la tía sus ahorros para que se los colocara, y véase aquí cómo se estableció entre estas dos personas una corriente de simpatía convencional que había de producir la amistad. Era como dos países separados por esenciales diferencias de raza y antagonismos de costumbres, y unidos luego por un tratado de comercio. Lo contrario pasó entre Juan Pablo y doña Lupe. Ésta le tuvo en otro tiempo mucho cariño y apreciaba sus grandes atractivos personales; pero ya le iba dando de lado en sus afectos. No le perdonaba sus hábitos de despilfarro y el poco aprecio que hacía del dinero gastándolo tan sin sustancia. Ni una sola vez, ni una, le había dado un pico para que se lo colocase á rédito. Siempre estaba á la cuarta pregunta, y como pudiera sacarle á su tía alguna cantidad por medio de combinaciones dignas del mejor hacendista, no dejaba de hacerlo, y á la viuda se le requemaba la sangre con esto. Véase, pues, cómo se entendía mejor con el más antipático de sus sobrinos que con el más simpático.

III

Conocedor Nicolás de la tremenda noticia, le faltó tiempo para pegar la hebra de su soporífero sermón, sólo interrumpido cuando Papitos trajo la ensalada. Porque Nicolás Rubín no podía dormir si no le ponían delante á punto de las once una ensalada de lechuga ó escarola, según el tiempo, bien aliñada, bien meneada, con el indispensable ajito frotado en la ensaladera, y la golosina del apio en su tiempo. Había comido muy bien el dichoso cura, circunstancia que no debe notarse, pues no hay memoria de que dejara de hacerlo cumplidamente ningún día del año. Pero su estómago era un verdadero molino, y á las tres horas de haberse llenado, había que cargarlo otra vez. «Esto no es más que debilidad—decía poniendo una cara grave y á veces consternada,—y no hay idea de los esfuerzos que he hecho por corregirla. El médico me manda que coma poco y á menudo.»

Cayó sobre aquel forraje de la ensalada, é inclinaba la cara sobre ella como el bruto sobre la cavidad del pesebre lleno de hierba.

—Le diré á usted, tía—murmuraba con el gruñido que la masticación le permitía.—Yo no soy de mucho comer, aunque lo parezca.

—Podías serlo más. Come, hijo, que el comer no es pecado gordo.

—Le diré á usted, tía...

No le dijo nada, porque la operación aquella de mascar los jugosos tallos de la escarola absorbía toda su atención. Los gruesos labios le relucían con la pringue, y ésta se le escurría por las decomisuras de la boca formando un hilo corriente, que hubiera descendido hasta la garganta si los cañones de la mal rapada barba no lo detuvieran. Tenía puesto un gorro negro de lana con borlita que le caía por delante al inclinar la cabeza, y se retiraba hacia atrás cuando la alzaba. A doña Lupe (no lo podía remediar) le daba asco el modo de comer de su sobrino, considerando que más le valía saber algo menos de cosas teológicas y un poquito más de arte de urbanidad. Como estaban los dos solos, dábale bromas sobre aquello del comer poco y á menudo; pero él se apresuró á variar la conversación, llevándola al asunto de Maxi.

—Una cosa muy seria, tía; pero muy seria.

—Sí que lo es; pero creo muy difícil quitársela de la cabeza.

—Eso corre de mi cuenta... ¡Oh! Si no tuviera yo otras montañas que levantar en vilo...—dijo el clérigo apartando de sí la ensaladera, en la cual no quedaba ni una hebra.—Verá usted..., verá usted si le vuelvo yo del revés como un calcetín. Para esas cosas me pinto...

No pudo concluir la frase, porque le vino de lo hondo del cuerpo á la boca una tan voluminosa cantidad de gases, que las palabras tuvieron que echarse á un lado para darle salida. Fué tan sonada la regurgitación, que doña Lupe tuvo que apartar la cara, aunque Nicolás se puso la palma de la mano delante de la boca á guisa de mampara. Este movimiento era una de las pocas cosas relativamente finas que sabía.

—... me pinto solo—terminó, cuando ya los flúidos se habían difundido por el comedor.—Verá usted, en cuanto llegue le echo el toro... ¡Oh!, es mi fuerte. Me parece que ya está ahí.

Oyóse la campanilla, y la misma doña Lupe abrió á su sobrino. Lo mismo fué entrar éste en el comedor que conocer en la cara impertinente de su hermano que ya sabía *aquello*... No le dió Nicolás tiempo á prepararse, porque de buenas á primeras le embocó de este modo:

—Siéntese usted aquí, caballerito, que tenemos que hablar. Vaya, que me ha dejado frío lo que acabo de saber. Estamos bien. Conque...

La mano tiesa volvió á ponerse delante de la boca, á punto que se atascaban las palabras, sufriendo la cabeza como una trepidación.

—Conque aquí hace cada cual lo que le da la gana, sin tener en cuenta las leyes divinas ni humanas, y haciendo mangas y capirotos de la religión, de la dignidad de la familia...

Maximiliano, que al principiar el réspice es-

taba anonadado, se rehizo de súbito, y todas las fuerzas de su espíritu se pronunciaron con varonil arranque. Tal era el síntoma característico del *hombre nuevo* que en él había surgido. Roto el hielo de la cortedad desde el momento en que la tremenda cuestión salía á *vista pública*, le brotaban del fondo del alma aquellos alientos grandes para su defensa. Discutir, eso no; pero lo que es obrar, sí, ó al menos demostrar con palabras breves y enfáticas su firme propósito de independencia...

—¡Bah!—exclamó apartando la vista de su hermano con un movimiento desdeñoso de la cabeza.—No quiero oír sermones. Yo sé bien lo que debo hacer.

Dijo, y levantándose se marchó á su cuarto.

—Bien, muy bien—murmuró el cura quedándose corrido, mirando á doña Lupe y á Pápitos, la cual se pasmaba de aquel mirar que parecía una consulta.—Y qué mal educadito y qué rabioso se ha vuelto. Bien, muy bien; pero muy...

Un metro cúbico de gas se precipitó á la boca con tanta violencia, que Nicolás tuvo que ponerse tieso para darle salida franca, y á pesar de lo furioso que estaba, supo cuidar de que la mano desempeñara su obligación. Doña Lupe también parecía indignada, aunque si se hubiera ido á examinar bien el interior de la digna señora, se habría visto que en medio del enojo

que su dignidad le imponía, nacía tímidamente un sentimiento extraño de regocijo por aquella misma independencia de su sobrino. ¡Si sería efectivamente un hombre, un carácter entero!... Siempre le disgustó á ella que fuera tan encojido y para poco. ¿Por qué no se había de alegrar de ver en él un rasgo siquiera de personalidad árbitra de sí misma? «Hay que ver por dónde sale este demonches de chico—pensaba con cierta travesura.—¡Y qué geniazo va sacando!»

—Pero muy bien, perfectamente bien—dijo el cura, apoyando las manos en los brazos del sillón para enderezar el cuerpo.—Verás ahora, grandísimo piruétano, cómo te pongo yo las peras á cuarto. Tía, buenas noches. Ahora va á ser la gorda. Acostados los dos, hablaremos.

Encerróse Nicolás en su alcoba, que era la de su hermano, y ambos se metieron en la cama. Doña Lupe se puso fuera á escuchar. Al principio no oyó más que el crujir de los hierros de la cama del clérigo, que era muy mala y endebles, y en cuanto se movía el desgraciado ocupador de ella volvíase toda una pura música, la que unida al ruido de los muelles del colchón veterano, hubiera quitado el sueño á todo hombre que no fuese Nicolás Rubín. Después oyó doña Lupe la voz de Maxi, opaca, pero entera y firme; Nicolás no le dejaba meter baza; pero el otro se las tenía tiesas... ¡Terrible duelo entre

el sermón y el lenguaje sincero de los afectos! Ponía singular atención doña Lupe á la voz del sietemesino, y se hubiera alegrado de oír algo estupendo, categórico y que se saliera de lo común; pero no podía distinguir bien los conceptos, porque la voz de Maxi era muy apagada y parecía salir de la cavidad de una botella. En cambio los gritos del cura se oían claramente desde el pasillo. «Miren por dónde sale ahora éste...—pensó doña Lupe volviendo la cara con desdén.—¡Qué tendrán que ver Santo Tomás ni el padre Suárez con...!» Al fin dejó de oírse la voz cavernosa del sacerdote, y en cambio se percibió un silbido rítmico, al que siguieron pronto mugidos como los del aire filtrándose por los huecos de un torreón en ruinas.

—Ya está roncando ese...—dijo doña Lupe retirándose á su alcoba.—¡Qué noche va á pasar el otro pobre!

Serían las nueve de la mañana siguiente cuando Nicolás pidió á Papitos su chocolate. Salió del cuarto con la cara muy mal lavada, y algunas partes de ella parecían no haber visto más agua que la del bautismo.

—¿Ese chocolate?—preguntó en el comedor, resobándose las manos una con otra, como si quisiera sacar fuego de ellas.

—Ahora mismo.

El chocolate había de ser con canela, hecho

con leche, por supuesto, y en ración de dos onzas. Le habían de acompañar un bollo de tahona, varios bizcochitos y agua con azucarillo. Y aún decía Nicolás que tomaba chocolate no por tomarlo, sino nada más que por fumarse un cigarrillo encima.

—¿Y qué resultó anoche?—preguntó doña Lupe al ponerle delante todo aquel cargamento.

—Pues nada, que no hay quien le apee—respondió el clérigo, sumergiendo el primer bizcochito en el espeso líquido.—Lo que usted decía: no es posible quitárselo de la cabeza. Una de dos, ó matarle ó dejarle, y como no le hemos de matar... Al fin convenimos en que yo vería hoy á esa... cabra loca.

—No me parece mal.

—Y según la impresión que me haga, determinaremos.

—¿Vais juntos?

—No; yo solo; quiero ir solo. Además, él está hoy con jaqueca.

—¿Con jaqueca? ¡Pobrecito!

Doña Lupe corrió á ver á Maximiliano, que después de empezar á vestirse, había tenido que echarse otra vez en la cama. Provocado sin duda por las emociones de aquellos días, por el largo debate con su hermano Nicolás, y más aún quizás por los insufribles ronquidos de éste, apareció el temido acceso. Desde media noche sintió Maxi un entorpecimiento particular den-